

PRÓLOGO.

CONVERGENCIAS VIOLENTAS, PURGAS TEÓRICAS Y RESISTENCIAS INMANENTES

Ricardo Sanín Restrepo*

Un buen libro guía al lector, le permite concentrarse en sus espacios más densos y ricos, al tiempo que le fija un ritmo preciso, con descansos que son cadencias, y así una relación de reciprocidad surge entre libro y lector, donde dar y recibir son estabilizados en el texto. Un buen libro, en otras palabras, es medido, no corre adelante del lector, ni presume más que de guiar por un espacio que ya ambos, de alguna manera, conocen de antemano. Por el contrario, un muy buen libro es vértigo puro, destituye toda función de predictibilidad con la cual el lector “ataca” el libro; antes bien, lo desnuda y crea un universo completamente nuevo ante sus ojos, donde el espacio y el tiempo, otrora familiares y domesticados, se convierten instantáneamente en un tiempo/espacio que debe ser habitado y construido nuevamente, como el primer día.

Un muy buen libro produce una relación de *parresia* con el lector, donde “saber” no es una forma de representarse el mundo como repetición, sino donde el mundo surge de una interacción mutua multidireccional e intensa, donde leer no es mera contemplación, sino producción fluida y continua de sentidos con los que se lanzan ambos en persecución del mundo. En estos libros no hay un interior de significado sellado en sí mismo, o una autorreferencia obligada de saberes, sino una trama abierta de persistencia, de inmediatez de sensibilidades y aplazamiento de todo punto final y autoritario. Un muy buen libro es un viaje sin retorno, éste es el libro que el lector tiene en sus manos.

En el sentido proustiano, se trata de un libro de pura intensidad de la diferencia. ¿A qué me refiero con esto? La tradición occidental de literatura

* Autor de los libros *Descolonizing Democracy Power in a Solid State* (Rowman and Littlefield) y *Teoría crítica constitucional; la democracia a la enésima potencia* (Tirand lo Blanch); miembro del Caribbean Philosophical Association, asesor en The Conversation, Global Perspectives y columnista habitual de *Critical Legal Thinking*.

filosófico-política es una práctica sistemáticamente recurrente de copia y repetición, de adoración de los instrumentos ciegos del poderoso. En ella, el autor es una pieza útil al poder establecido y su trabajo se reduce a copiar fielmente el modelo, su teoría se endereza a siempre dar cuenta de unos principios inasibles que se ocultan en el ultramundo metafísico, desde donde un demiurgo ordena todo movimiento y toda dirección; es decir, siempre hay un modelo oculto (sea dios, el átomo, la mente cartesiana, el sujeto kantiano, la idea hegeliana, la Constitución o la economía liberal) que el autor debe reproducir a pie juntillas en su trayectoria literaria, fruto de una pseudoimaginación preprogramada por principios transcendentales. La agencia política aparece como un esqueleto turbio que debe ser empastado de carne y tejidos, de circuitos y datos, que le den vida, que lo automaticen para devolverlo al mundo real, simplemente como unidad robotizada, como clon del modelo que lo anima. En la dogmática clásica, la literatura se reduce a que el autor, puesto en un estado de agitación pueril, arme un rompecabezas cuya forma final ya está definida de antemano por una estructura invisible. La literatura ortodoxa es, entonces, una forma de anclar profundamente las jerarquías, la homogenización y el silencio, ordenados por un controlador global, y de esa manera pretende naturalizar dichos conceptos bajo tautologías de la guisa “todo lo natural es socializable, todo lo socializable es político y todo lo político es natural; todo lo natural es perfecto y la perfección es natural”. El resultado de esta danza macabra de tautologías es que terminamos sancionando toda jerarquía como natural, toda exclusión y forma de dominación como su resultado más sólido e incorruptible y, finalmente, elevamos toda forma política al pedestal intocable de lo mítico.

En este ambiente, corroído por la obediencia y saturado por la imitación de las formas, el sufrimiento no tiene lugar, otros mundos no son posibles, y toda diferencia es reconducida al modelo icónico que la adelgaza y finalmente la destruye. Estamos ante lo que Derrida llamaría la “metafísica de la presencia” y Deleuze una “dialéctica circular”, donde finalmente todo lo que se escribe y lee está ya ordenado, cuyo desenlace es fijado rígidamente, donde el escritor es simplemente una extensión pacífica (una máquina de Jacquard) del orden establecido.

El libro de Ariadna Estévez no podría estar más alejado de esta actitud pasiva y complaciente que inunda nuestra literatura filosófico-política. Estamos ante un libro inscrito en el corazón de una tradición crítica, descolo-

nial y propositiva. Aquí debo enfatizar —prediciendo las reacciones de los escépticos-escolásticos— que la palabra crítica no significa “profetizar el desastre” o una “marejada histórica ante la realidad”, sino que quiere decir “al borde de la transición de un estado de cosas al otro”. “Crítica” implica que, parados ante el abismo aciago de un mundo sostenido por una intolerable injusticia, el lenguaje con el que nombramos y sentimos los contornos de la realidad tiene que ser reimaginado, reconstituido desde sus cimientos. La literatura auténticamente crítica no posee un amo a quien deba rendir tributo, y antes bien, libera todo significado, permitiéndonos ver los actos de violencia que se usan para fijarlos. La tradición verdaderamente crítica no pretende develar el “objeto puro” e inmaculado que yace inmóvil al final del túnel teórico. No pretende legitimarse a partir de una simple reconstrucción de sus valores internos. La teoría crítica somete cualquier “valor” a la posibilidad de ser reconfigurado por cualquier agencia, en cualquier escala empírica, con cualquier causalidad modal, dentro de cualquier estructura; es decir, lo único que procura defender es que el lenguaje y el conocimiento nos pertenecen a todos sin distinción alguna, sin ninguna jerarquía *a priori* que ordene sus usos y significados.

Así, mientras que la ortodoxia se apresura a cerrar el lenguaje a partir de linajes, filiaciones y modelos transcendentales, el crítico se apura a permeabilizar toda relación, a demostrar la infinita interconectividad de todo fenómeno de poder. Mientras que el autor clásico intenta aislar los fenómenos y sucesos políticos en matrices cerradas, donde el tiempo y el espacio estén controlados rigurosamente por la necesidad de demostrar la autonomía del fenómeno y la supremacía de su modelo (natural, matemático, social), el crítico reabre todos los espacios de conexión ontológica donde cosas y seres, objetos y sujetos se comunican a partir de su propia contextura inmanente, a partir de la propia extensión de sus seres. Es decir, la crítica entiende que toda ontología es, ante todo, una ética. Así, la impenetrabilidad de los “ismos” hegemónicos: “naturalismo”, “esencialismo”, “sustancialismo”, son provincializados por el crítico y puestos a la altura (planicie, siempre planicie) de la infinitud de actores políticos (pueblos, resistencias, razas, géneros) que han sido invisibilizados por el ardid de los humanismos y positivismos.

El crítico no habla a nombre de la diferencia (triturada por las ciencias duras y su complejo edípico con la metafísica), pues todo “hablar a nombre de” supone representación e incapacidad. El crítico “produce” la diferencia

dentro de su mismo plano y se comunica con todos los centros de producción de la diferencia sin distingo alguno. Así, una Constitución política no goza de mayor privilegio comunicativo que los aullidos de dolor provocados a los seres inmersos en su juego colectivo. En últimas, la crítica es sospecha, pero no sospecha de todo bajo el sol, simplemente sospecha que los discursos de amor y salvación pronunciados por los poderosos están ínsitamente envenenados con violencia y miseria. El crítico sabe que no hay identidades estables y últimas, sino sólo relaciones, capacidad para la variación y el devenir y que, por tanto, allí donde aparezca el espejo-prisión de la identidad, ésta se da a costa de una diferencia que ha sido suprimida y la cual hay que rehabilitar desde adentro. Que allí donde el sistema clava la bandera de la autonomía del sujeto y la imperturbabilidad de la estructura, sólo hay incontenibles formas de mutación y alteridad, de circulación híbrida y abierta de comunicantes. Por ello, la teoría crítica produce nódulos de significados inmunes a las jerarquías más acendradas, crea síntesis divergentes allí donde el ojo sólo puede capturar la identidad de la sumisión, desata la multiplicidad rizomática allí donde el poder unidimensional está impuesto, y nos hace vivir la literatura como el “shock de otra parte”, como diría bellamente Edouard Glissant.

Un muy buen libro, como éste, son muchos libros a la vez, e invita a ser vivenciado a través de múltiples sensibilidades y expectativas. Ariadna Estévez crea un racimo múltiple de caminos teóricos que pueden ser transitados por muchos actores: desde los expertos en migración, geopolítica, fenómenos de violencia y poder que buscan nuevos amarres epistémicos, hasta quien esté comenzando a descubrir teorías políticas y sociales, pasando, espero, por el dogmático que quiera jugarse su frágil piel teórica; con certeza, este último encontrará un posible escape de su caverna ideológica.

Entre muchas virtudes que el libro posee, dos son centrales, están articuladas con gran rigor, y constituyen un aporte sumamente original a la literatura de estudios sobre migración, violencia de género y los estudios sobre necropolítica y biopolítica: la primera es que, a partir de una versátil imbricación entre biopolítica y necropolítica, por un lado, y gubernamentalidad, y gubernamentalización, por el otro, demuestra que la guerra sobre los cuerpos de las mujeres no es un hecho sintomático o colateral de otros tipos de generación de poder y manifestación de violencia, sino que es una categoría axiomática y constitutiva de campos autónomos del poder y del saber. Por ende, las formulaciones contenidas en este libro exigen una profunda reexaminación

de los postulados constitutivos de los estudios sobre migración y violencia de género. La segunda es que, muy lúcida y contundentemente, y sin perder jamás su hilo conductor, crea un sólido nicho (teórico y empírico) para el “sufrimiento” como categoría ontológica esencial para los estudios de migración.

Una de las grandes debilidades de los cuerpos teóricos, normativos y descriptivos contemporáneos es que son de reacción pesada y aletargada (“el letargo dogmático”) ante la fugacidad y plasticidad de los fenómenos de poder globalizado. Así, mientras que, por ejemplo, realidades como la soberanía, la financiarización, las privatizaciones de las guerras y la maquinización de la producción ocurren a velocidades cuánticas y sus intersecciones y retroalimentaciones son permanentes, las teorías que pretenden capturarlas aún se mueven a la velocidad de campos geopolíticos arcaicos y de estratos históricos estáticos. El resultado es simple: cuando la teoría lanza su red de pescar al mundo real, el fenómeno ya se ha escabullido dentro de su propia opacidad, generando nuevas formas recónditas e inaprehensibles.

La agencia, las estructuras y las lógicas del poder que se mueven a través y dentro de la gestión de la vida y muerte en América de Norte son escurridizas y sumamente complejas, mutan permanentemente de geografías y estatutos sociales y normativos. Típicamente ha existido una incompletud, cuando no un fracaso rotundo, a la hora de focalizar el problema teóricamente. Un gran logro de este libro es que construye modelos teóricos sumamente ágiles y móviles que consiguen capturar, detener y analizar dichos fenómenos en esencia dinámicos; es decir, ante la movilidad y la naturaleza mutante de las lógicas de poder, este volumen ofrece un campo teórico capaz de moverse a su velocidad y aceleración, proporcionando a su destinatario una poderosa herramienta de escrutinio, análisis y crítica, pero especialmente su construcción teórica es una anatomía precisa y viviente de los problemas imbuidos.

Lo fundamental de las hipótesis del libro es que reta, de manera contundente, las construcciones teóricas ortodoxas (especialmente las jurídicas y económicas) acerca de los estudios de migración. En ese sentido, este libro ilumina un universo mantenido en tinieblas, no sólo por los estudios tradicionales sobre la inmigración, sino incluso los de tenor más crítico que no logran penetrar en la instauración de la violencia contra la mujer como elemento constitutivo de una violencia más generalizada y que está rígidamente amarrada a fenómenos normativos. Por lo tanto, el libro no trata simplemente de denunciar la ceguera, la desatención y la impotencia tradicional

de los métodos e hipótesis de investigación que han tratado el tema, que ya de por sí le daría un valor diferenciado al texto, sino que colma este inmenso vacío y traza claras líneas teóricas para superar la invisibilidad de la violencia contra las mujeres, cuyo ocultamiento es sistemático tanto desde los estudios tradicionales como en los críticos.

Existe un consenso más o menos regular en los estudios críticos migratorios: que la violencia es funcional a la reproducción de una economía liberal. Sin embargo, este libro empuja a un punto crítico estos postulados y va mucho más allá de lo evidente. Demuestra que la economía liberal o neoliberal no se despliega en una superficie geográfica o normativa uniforme (países del primer mundo, por ejemplo), sino que opera en escenarios quebrados y disímiles y, por lo tanto, requiere de una cooperación distintiva para concretarse (discurso judicial en Estados Unidos y Canadá, capitalismo *gore* y el sujeto *endriago* en México).

En este último punto, el libro acude, con gran fortuna, a la categoría de *nomósferas* como un poderoso instrumento que rescata y depura estas lógicas (que las disciplinas tradicionales no perciben), que se pierden en babeles de estadísticas que generalmente son cooptadas por discursos jurídicos tradicionales que simplemente las enmarañan e invisibilizan. Así, el libro logra una tensa y nítida conjunción de diversas formas de poder (antes ocultas) que le permite al lector (especialista o no) verlas con toda claridad, en toda su extensión teórica y con todo su ímpetu dinámico.

La simbiosis de diferentes categorías (biopolítica y necropolítica, *nomósferas*, capitalismo *gore*, androcentrismo, etc.) es calculada rigurosamente, desplegada escrupulosamente, y con aquélla el libro logra un desvelamiento de la violencia sobre la mujer y la desposesión de sus cuerpos, que permite adelantar tesis fuertes; tesis que no sólo operan con precisión en un plano de la microfísica del poder (teorías molares del Estado, derechos humanos del migrante), sino de la microfísica del poder (las lógicas moleculares de los movimientos aparentemente subterráneos dentro del tráfico de personas, la mujer como mercancía, los gobiernos híbridos, entre otros). Mediante esta simbiosis, nos permite observar el engranaje de diversos planos de articulación del poder dentro de su propio devenir y sus propias lógicas de creación de significados.

Así, este libro se asemeja a una inmensa lupa, un sofisticado aparato óptico que magnifica fenómenos en apariencia insignificantes, pero que en realidad son los generadores de diversos tipos de realidades tozudas y cons-

titutivas. El texto supera figuras y composiciones disciplinarias raquíticas y proporciona un marco para un análisis diferenciado de los contextos migratorios y las inmensas complejidades que los determinan, con un valor que no es simplemente heurístico, sino profundamente analítico y crítico. En otras palabras, con el libro de Estévez estamos ante un nuevo mapa teórico de los estudios de migración, cuyas bases sólidas son la violencia de género y el sufrimiento como categoría ontológica independiente, y cuyos complejos orígenes y composiciones están lúcidamente descifrados en las intersecciones entre bio y necropolítica. Con las uniones teóricas propuestas en el libro, la autora logra otorgarles matices muy claros y diferenciados a fenómenos que regularmente son estudiados de manera aislada o como apéndices de problemáticas todavía más globales.

Se trata de un texto que es, a la vez, un gran reservorio de teorías críticas y descoloniales, pero ante todo un compás que traza con exactitud los fenómenos de poder (legales, económicos, sociales) que subyacen a la violencia como forma de desposesión e inmunización racial y de género. Así, este libro alcanza, primero, una clara separación de los fenómenos para estudiarlos rigurosamente a cada uno dentro de su campo autónomo, y luego conduce a una síntesis poderosa y detallada, con la que nos muestra, por último, la relojería interna del poder en los cruces entre biopolítica y necropolítica.

Además, este libro posee una gran fuerza descriptiva que aclara y focaliza los problemas y una muy sólida estructura argumentativa que une todos los elementos en una serie de tesis objetivas y conclusivas. Así que, quien sólo acuda al libro buscando claridad sobre conceptos complejos como el biopoder y la biopolítica obtendrá de éste la clarificación esquiva que busca. Sin embargo, la clave del éxito de este trabajo no se reduce a su gran claridad descriptiva, sino a las osadas imbricaciones que logra entre estos complejos temas con pleno éxito.

Como acabo de sostener, el libro otorga un nuevo y diferenciado cariz a las intersecciones entre necropolítica, biopolítica y la racionalidad neoliberal de la administración y gestión de la vida y la muerte. Ahora bien, lo más relevante es que, a partir de estas novedosas y vibrantes construcciones, la mujer, en el cruce entre espacios hegemónicos y periféricos, no sólo simboliza, sino que ante todo unifica, las diversas graduaciones de violencia y revela, en diferentes escalas, las diferentes lógicas del poder que actúan en la construcción de las categorías migratorias.

Por otro lado, la categoría de sufrimiento, a contrapelo de las tradiciones cartesiana y kantiana, rescata una subjetividad de la alteridad viva (Derrida, Levinas, Buber) y comunicable (Balibar, Deleuze) dentro de lógicas coloniales (Dussel, Mignolo, Fanon). El sufrimiento como categoría ontológica problematiza toda aspiración filosófica que pretenda construir ámbitos teóricos cerrados sobre la migración, como simples problemas estructurales o hermenéuticos a resolver por el derecho o la economía dentro de la lógica del individuo racional. De manera que los estudios ortodoxos basados en el derecho constitucional, e incluso en geografías críticas, no alcanzan a percibir en toda su intensidad los desniveles agudos que causa el sufrimiento entre ellos y termina produciendo estándares epistémicos desbalanceados. Conceptos venerables como sujeto, conciencia, voluntad, idea, arquetipo, todos ellos aislados y contenidos dentro de espacios imaginados de representación, vuelan por los aires al confrontarse con una categoría que, como el sufrimiento, desnuda las auténticas relaciones entre raza y derecho, entre género y multiculturalismo.

Estévez utiliza una enorme masa teórica y la despliega con precisión quirúrgica, donde nada sobra y todo es intensamente regulado, produciendo efectos cascada en diversos órdenes del conocimiento y la práctica política. Así, no es un libro apologético, es duro y va al nervio vital del problema de la violencia contra la mujer, demostrando que ésta no es residual o conexas, sino una categoría en sí misma donde la “ceguera de género” es consustancial al sufrimiento. Las estadísticas no son usadas como un mero banco de datos, Estévez logra ponerles carne y hueso, contexto y dimensiones humanas, y así se tornan en historias escalofrantes que salen de las sombras y nos persiguen con un ¿por qué? Contundente e inescapable.

En conclusión, el sufrimiento no se trata en el libro como una categoría subjetiva, relativa y frágil, sino como el fundamento ontológico de toda confrontación de las lógicas descritas y como núcleo de concreción de la violencia y, por tanto, de las “contraconductas” foucaultianas. Así, aun cuando resulta evidente que dicha categoría seguramente será problematizada y debatida ampliamente con esta publicación (como es la expectativa natural de todo buen reto al paradigma), su inclusión, como fibra central de las tesis de esta obra, es uno de sus grandes aciertos. El sufrimiento en este trabajo de Estévez es el concepto que, desde su centro duro, sobredetermina (Althusser) y aglutina todos los demás elementos empíricos y epistémicos del texto, otorgando a ellos un sentido propio y diferenciado.

El sufrimiento como clave ontológica de la violencia, a la cual se dedica este libro, demuestra que las guerras que se llevan a cabo sobre los cuerpos de las mujeres para disputar la desposesión de los mismos para dominación y cosificación sexual no son guerras paralelas, aisladas, fenómenos independientes, sino que son mallas que se extienden sobre toda agencia y geografía, que absorben todo significado y lo recomponen irremediadamente.

En el contexto o campo de relaciones entre biopolítica y necropolítica, Estévez logra una conjunción versátil y rigurosa que le permite, finalmente, detectar con absoluta nitidez varias graduaciones de producción del poder, sus agentes y víctimas, así como posibles y tangibles formas de transformación de una realidad plagada de contradicciones y violaciones a los derechos humanos. Esto último no es fácil. Tanto la arqueología como la genealogía del poder de Foucault se han convertido en un fértil campo de batalla teórico desde su muerte en 1984. Existen múltiples interpretaciones y líneas de fuga a partir de su analítica inicial. Como ejemplo paradigmático, pocas categorías suscitan tanto debate como su “biopolítica”. En la medida en que el mismo Foucault no desarrolló el concepto de manera completa, éste ha servido como punto de partida para las más diversas interpretaciones. Así, mientras que para Agamben la biopolítica es la clave de la modernidad que inaugura el Estado de excepción como norma, para Hardt y Negri se trata de una grieta en los dispositivos del poder occidental, por donde asoma la “multitud” como sujeto revolucionario; por ende, en nuestros tiempos de posfordismo, la biopolítica es liberadora.

A partir del mismo constructo, Roberto Esposito construye su fuerte tesis sobre la inmunidad con la que los sistemas políticos se blindan a sí mismos, manteniendo firme la ilusión de civilidad y multiculturalismo. En otro orden, han sido las teorías moleculares sobre el poder de Foucault las que han permitido avances impresionantes de teorías sumamente refinadas que escapan de la tradicional división entre sociología, computación, economía y política, abriendo nuevos campos de acción, como las “teorías del actor-red” de Bruno Latour y Michel Callon, así como las “teorías de los ensamblajes” de Manuel DeLanda. El punto es que este fértil campo de batalla también ha creado una suerte de embotamiento teórico allí donde las teorías de Foucault son desplegadas, la mayoría de las veces, sin mayor reparo en sus aspectos más sutiles y rigurosos. Por ello resulta fundamental el desglose que hace Estévez en su obra entre las categorías foucaultianas, pues nos ayuda a navegar aguas picadas por la incertidumbre de sus legacías teóricas.

Este desglose tiene un doble aspecto: por un lado, incorpora las categorías de biopoder, poder disciplinario y biopolítica a la teoría del necropoder, desarrollada por Achilles Mbembe, y logra así una articulación sólida que permite develar una serie de instancias de poder heteromorfas, actuando en tándem y programando todo un nuevo campo de saberes y quehaceres que, como se dijo, nos son confluentes, sino constitutivos. Por el otro, y en lo que constituye un aporte sumamente original, a partir de la tesis foucaultiana de la “gubernamentalidad”, inaugura un novedoso campo especulativo y descriptivo al proyectar el concepto de “gubernamentalización” como consecuencia necesaria de la gubernamentalidad en realidades densas, cruzadas tanto por la colonialidad como por el neoliberalismo y las guerras del capitalismo *gore*.

Al incrementar su arsenal teórico, este libro demuestra que el discurso hegemónico de los derechos humanos, la argumentación constitucional, el capitalismo *gore* y la gubernamentalización no producen una fuerza contingente y esporádica, sino necesaria y permanente, que son finalmente cuerdas de un mismo aparato destructivo que vibran al unísono. Ante la contundencia de las tesis del libro, no hay manera de mirar al costado; toda ruta de escape, especialmente la que intenta traer a las beneméritas categorías del derecho constitucional tradicional, están selladas y, antes bien, lo que demuestra Estévez es que dichas categorías son los instrumentos a partir de los cuales se reparte y estabiliza el ejercicio de la violencia.

Este libro destruye esos compartimentos asépticos, que separan el derecho constitucional de las intervenciones imperiales, y el discurso de los derechos con la exclusión racial xenófoba, demoliendo cualquier síndrome de autopoiesis sobre el cual pretenden construirse a sí mismos. De esta manera, nos ayuda a percibir que la autopoiesis realmente no es más que una serie de sustituciones estratégicas: el humanismo es sustituido por el consumismo; el trabajo vivo por el trabajo muerto; el ciudadano por el desechable.

Tengo la certeza de que este es un libro que debería leer toda una larga generación latinoamericana que ha endiosado el “*American way of...*”, junto con sus discursos constitucionales, como el *judicial review* y su control de constitucionalidad “difuso”. Pues la forma en que se tejen los argumentos del libro demuestra que éstos (podemos añadir aquí el multiculturalismo canadiense) no son más que el sustrato de un mecanismo formidable de exclusión y dominación y que el “transformismo”, es decir, la maniobra de seducir a las periferias para que adoren a los centros y copien sus formas, es un éxito rotundo

en la mayor parte de la academia en América Latina. Esto es, no es que las categorías tradicionales del derecho sean nichos vulnerables factibles de ser rebasados por sucesos de violencia; se trata más bien de que dichos nichos son consustanciales a la violencia y operacionales a la desposesión. No estamos, entonces, frente a usos obscenos que han desviado categorías nobles y universales, sino que éstas existen como fórmula de limpieza racial y de exclusión social y política.

Una de las grandes fortalezas de este libro es, en consecuencia, su demolición sostenida de supuestos epistémicos firmes, pero detrás de la cual no aparece la destrucción, la carne hecha polvo, sino un camino cierto y abierto: tanto una terapia teórica como la promesa de una transición política clara.

Por eso, el varón tradicional que se sumerja en este libro, armado con su sensibilidad de privilegios epistemológicos, sufrirá un “shock de realidad lyncheano”, y toda verdad que ha habitado y con la cual ha nombrado cosas parecerá un mero sueño del que querrá despertar desesperadamente.